

» Tendréis los soldados dispuestos á combatir en todos tiempos, de noche y de día, con cielo bueno ó malo; nunca puede decirse: *No tengo por qué temer.*

» Cuando no estéis ocupado, no dejéis á vuestros soldados en el ocio, manantial de disturbios y sediciones. Un general prudente procura que sus tropas estén siempre prevenidas, ocupándolas en ejercicios ó trabajos; esto mantiene ó aumenta el vigor, mientras que la inercia lo quebranta.

» La naturaleza forma pocos hombres valientes y generosos; pero la habilidad y los cuidados del general pueden hacer que muchos lo sean.

» Conviene tener que defender una buena causa; pues el que rechaza á un agresor injusto, cuenta con el apoyo del Cielo, y el que emprende una guerra mal fundada, debe temerle todo de la venganza divina.

» Si empleáis tropas extranjeras, que sean inferiores en número á las vuestras, especialmente si defendéis vuestro país, porque de otro modo podrían apoderarse de él. Los que sirven por dinero, pueden, si se les ofrece mas, volver las armas contra vos.

» Desde el principio de la guerra debéis dirigir plegarias á Dios, pidiéndole su asistencia, á fin de que os salve de los grandes peligros, y os inspire lo que mas convenga. Siendo nuestros brazos instrumentos que él emplea segun su voluntad, no pueden alcanzar buen éxito sino con su ayuda. Es el Dios de las batallas y da la victoria á quien le place.

» Si queréis una buena paz, preparaos para la guerra. Cuanto mas en estado os halléis de sostenerla y llevarla adelante con vigor, mejores serán vuestras condiciones y obligaréis á los enemigos á aceptar lo que les ofrezcáis.

» Deliberad con muchos, resolved con pocos ó solo, ejecutad inmediatamente.

» Alejandro, habiéndosele preguntado cómo habia dado cima en tan corto número de años á tantas y tan importantes empresas, contestó: *No dejando para mañana lo que he podido hacer hoy.*

» La noche es el tiempo mas á propósito para meditar las cosas de entidad; el espíritu está mas tranquilo, y no le distrae el tumulto del día.

» Antes de acostaros y entregáros al sueño, reparad en vuestra mente lo que hayáis podido omitir, y pensad en lo que tengáis que hacer mañana.

» Una vez empezada la guerra, proponéos conducirla hasta el fin. Sería vergonzoso soltar las armas sin haberla concluido. El enemigo os despreciaría, creyendo que no os quedaba otro recurso.

» Noble es y de grande utilidad el arte de la guerra, en virtud del cual frecuentemente se vence al enemigo sin combatirlo. Estúdiense, pues, con atencion.

» Es bueno vencer sin aventurar nada, aco-

sando por el hambre al enemigo y hostigándole continuamente. Los temerarios, que deben á golpes de fortuna sus triunfos, no son admirados sino por el vulgo. Imitad mas bien á los que deben la victoria á sus prudentes y previsoras medidas, pues que son los únicos dignos de aplauso. Asegurad siempre vuestras empresas lo mejor que podáis; pues vencida una vez la fortuna, la conservaréis siempre de vuestra parte.

» La modestia y la continencia son cualidades necesarias al guerrero. No se lleve al ejército sino lo puramente necesario: el lujo afemina y corrompe. Es muy vergonzosa la disolucion, que despoja de su vigor al cuerpo y debilita el espíritu; procurad, de consiguiente, que los jefes de vuestro ejército estén libres de un vicio que hace á los hombres incapaces de mandar.

» Si estáis exento de codicia y del deseo de la ganancia, os granjearéis la estimacion general y el amor de los soldados; y si os aman, se entregarán con celo á las fatigas.

» No es buen general el que desempeña bien sus negocios, sino el que vela por la salud de todos sus dependientes. No le elegimos para que piense en sí solo. La obediencia ciega que se le presta, nace de la confianza que en él se tiene.

» Si queréis que los soldados vayan con gusto á la batalla, es preciso cuidar mucho de los heridos.

» Cuando Dios os concediere la victoria, si los enemigos piden la paz, no conviene imponerles condiciones demasiado gravosas. Pensad que la fortuna es inconstante, y que de hoy á mañana la circunstancia mas leve puede cambiar la faz de las cosas.

» Podréis engañar á los enemigos, aparentando hacer una cosa contraria á vuestro designio. Si, por ejemplo, estando á la vista fingís atrincheraros ó levantar un fuerte en una altura, creerán que es vuestra intencion no moveros; y mientras se ocupen en ejecutar lo mismo, os será fácil atacarlos ó retiraros á la sordina.

» Podréis hacer incursiones sin mucho peligro en el país del enemigo, ó sorprenderle un puesto, vistiendo á vuestros soldados como los suyos y como los naturales; si es en el mar, sirviéndoos de los buques apresados, ó imitando la construccion de los suyos ó sus banderas (1).

» Con el dinero se puede muchas veces vencer al enemigo sin combatirlo, excitando á otro pueblo á que le ataque. Así se debilitarán y destruirán mutuamente, mientras que vos, con-

(1) En 1672 algunas tropas francesas, vestidas á la holandesa, se acercaron á un fuerte en medio del día, fingiendo que los perseguía el enemigo, y suplicando les diesen un asilo; el comandante, engañado por la manera de hablar, abrió las puertas. El caballero de Luxemburgo, debiendo introducir un convoy de pólvora en Lila, engaño del mismo modo á la guardia de las líneas; y hubiera hecho pasar sus mil jinetes, cada cual con un saco de pólvora en la grupa, si uno, viendo alargarse demasiado la fila, no gritara *serve*. Habiéndolo advertido el centinela, cerró la barrera, é impidió pasar á los que no lo habian ya verificado.

servando íntegras vuestras fuerzas, seréis superior á ambos.

» Un general, ademas de la ciencia de las armas, debe ser recomendable por la nobleza de sus acciones.

» En los negocios públicos conviene abjurar toda enemistad, y atender solo al bien del Estado. Un alma grande sabe olvidar las injurias personales de que podria vengarse.

» Estudiad el grado de valor y la capacidad de vuestros oficiales, para emplearlos donde os sean mas útiles.

» Es preciso que los soldados encuentren su vida agradable, llenen con gusto su deber, y sufran con paciencia las fatigas: no hay mejor augurio de un feliz éxito.

» El que quiere hacerlo todo por sí mismo muestra ser poco práctico; obrando así, consumirais el tiempo en menudencias. Respecto de lo que corresponde hacer á vuestros prefectos, contentaos con velar para que cumplan exactamente.

» Si sorprendéis una plaza ó la tomáis por asalto, abrid una puerta para dar salida al enemigo. Si pueden salvarse, no pensarán en defenderse. Es preciso evitar el combatir con gente desesperada.

» Si queréis comunicar alguna cosa secreta, tomad una tablita y escribid en ella lo que os importe; después, volviéndola á cubrir de cera, escribid cosas insignificantes y que no inspiren sospechas.

» Si un número crecido de enemigos quiere, durante la pelea, romper vuestra línea, dejadle el paso libre; y en seguida, atacándole por la espalda, le venceréis mas fácilmente.

» Es buen método reunir en el combate á los parientes ó á los amigos; el afecto mutuo los lleva á socorrerse unos á otros, y muestran de este modo mas vigor.

» Mientras se resiste al enemigo, puede esperarse la victoria; una vez vuelta la espalda, no hay esperanza de salvacion.

» Cuando estéis prontos para el combate, si el sol resplandece, blandid todas vuestras armas, las espadas desnudas, las lanzas, los broqueles, á fin de que su brillo inspire terror. Cuando vengáis á las manos, que sea gritando y con estrépito de armas.

» Si el ejército está compuesto de infantería y caballería, cuidad de que vuestra caballería ligera se ejercite en el manejo de las flechas, y la infantería ligera en el de la henda; así la una como la otra en correr por toda clase de terrenos; que los jinetes desmonten y vuelvan á montar con ligereza; que se esté siempre preparado contra el enemigo.

» Cuando zarpe una escuadra, que nadie sepa adónde se dirige ni por qué rumbo. Las órdenes se escribirán en una carta sellada que se entregará al jefe, prescribiéndole no abrirla sino en alta mar, á una distancia dada, y en ella encontrará sus instrucciones, sin que estas puedan ser comunicadas á los enemigos.

» Os considero como el médico de un gran cuerpo, al que debéis preservar de enfermedades con un sabio régimen. Los males que pueden atacar son el ocio, la intemperancia, el deleite, el lujo, el deseo de la ganancia, las supersticiones de los augurios y otras adivinaciones ajenas á la verdadera piedad y que han engañado frecuentemente á los crédulos. »

#### § 34. EL GENERAL.

No hemos citado, como hemos hecho con los demas, ningun párrafo de Onexandro, porque nos ha parecido digno de tratarse aparte el asunto manejado por él, á saber, la eleccion y las cualidades del general. Oigámosle:

Cap. I — *De la eleccion del general.* — « La dignidad de general no debe ser privilegio doméstico como el sacerdocio, ni ha de reservarse á los ricos como la presidencia de los espectáculos, sino que debe concederse al mérito personal. Es preciso que sea continente, sobrio, templado, económico, trabajador, ingenioso, de mediana edad, elocuente, generoso, padre y de familia ilustre.... »

» La juventud comete ligerezas, y la vejez adolece de debilidades. El general demasiado joven yerra por temeridad; el viejo por lentitud. El hombre en todo su vigor sabe ya sustituir la razon al ímpetu. El general que une la fuerza del espíritu y del cuerpo, es el mas capaz de formar y ejecutar sus designios.

» Ejerce grande influjo en el soldado la reputacion de un general, pues se fia en sus cuidados y promesas, le ama, le sigue, seguro de que compartirá sus peligros.

» El general saca muchas ventajas de la elocuencia; persuade al soldado á despreciar el peligro y buscar la gloria; su voz tiene mas fuerza que el sonido de todos los instrumentos; consuela y vuelve su vigor al soldado en los desastres.

» Las tropas llevan á mal que las mande un hombre oscuro, y las cualidades que exigimos, mas naturalmente son fruto de la educacion dada á una persona bien nacida, que á gente de inferior clase.

» Si, en igualdad de mérito, tuviese que elegir entre el rico y el pobre, preferiria al primero; así como entre las armas preferiria las de plata y oro á las de hierro, si fuesen buenas, contra el enemigo. De ese modo se reúne el lustre á la bondad.

» El mando no es cosa propia de mercaderes, banqueros, prestamistas, aunque sean personas ricas. El que solo piensa en la ganancia, difícilmente tendrá elevacion de alma ni los conocimientos que el mando requiere.

» Sin embargo, la nobleza no es indispensable á un jefe, y personas de inferior condicion pueden hallarse dotadas de las cualidades necesarias para el mando de los ejércitos.

» En esta parte, no tanto se debe atender á



los méritos de los abuelos, como á los personales; ni los de sus abuelos salvarían el Estado. ¡Feliz el que une el mérito al nacimiento ilustre! El general que carece de esta última circunstancia, debe presumirse que tratará de llenar sus deberes más atentamente que el que cuenta triunfos en su familia, y orgulloso con la gloria de los antepasados, mira esta como un derecho á los favores de la fortuna, sin cuidarse de merecerlos...

» Es de desear que á tales cualidades el general una la política, la afabilidad, un trato fácil y mucha serenidad; conviene que evite el exceso de bondad, de que abusaría el soldado, y de severidad, que le haría odioso. En las promociones, empiece por las personas cuyo valor, fidelidad y amor patrio conoce; luego puede atender á la riqueza, y al nacimiento. Elíjanse para oficiales á los nobles y ricos, pues que están en posición de ayudar al ejército con sus bienes, si faltase el dinero; además, les es fácil captarse el afecto del soldado con sus liberalidades, y pueden confiárseles hasta negocios delicados, poseyendo la garantía de su hacienda. Sin embargo, se presuponen siempre los talentos y la capacidad.

Cap. XXVII. *Reflexiones para un general antes y después de la batalla.* « Un buen jefe debe en su mente disponer las tropas, las armas, los capitanes de que quiere servirse, los sitios en que ha de colocarlos, y la forma de los ataques... prever los casos posibles, tanto de su ejército como del enemigo, para elegir la disposición más adecuada á la situación presente, y tener recursos prontos en todos los casos.

» Si el enemigo es superior respecto de la caballería, elíjase un lugar quebrado, montañoso, difícil, y procure evitarse el empeñar la batalla general. Déjense guardias en el campamento, así para asegurar los equipajes, como para impedir los insultos que el enemigo se permitiría, sabiendo que estaban indefensos.

» No se puede ni alabar ni culpar siempre al general que corta la retirada á su ejército, destruyendo los asilos ó los puentes, para inducir á los soldados á combatir con más vigor, en la alternativa de triunfo ó muerte.

» Toda empresa en que se corre gran peligro, es más propia de un temerario que de una persona ilustrada, y el éxito depende más bien de la casualidad que de la prudencia. La victoria alcanzada por la temeridad no honra. Cultívese la emulación que induce á los soldados á exponerse por ejecutar un hecho glorioso, pues que si el resultado es favorable, puede producir gran ventaja, y si adverso, las consecuencias no han de ser graves. Pero desapruébo el que se exponga todo un ejército á un juego de azar.

» Principalmente desapruébo á los que aventuren un negocio, que si sale mal ha de causar más perjuicios que ventajas en el caso contrario; pues no debe ponerse en la balanza un mediano beneficio con un desastre total.

» Pero si el ejército se viere en tal estado que haya de perecer aun sin empeñar la batalla, conviene acudir al único recurso que resta, y quitar al soldado todo medio de retirada, no dejándole esperanza más que en la victoria. Cuando la pérdida es inevitable, vale más morir combatiendo.

» Además de las disposiciones meditadas y anteriores al día de la acción, hay otras que es preciso determinar en el sitio mismo y según las circunstancias. La presencia de espíritu es condición indispensable para tomarlas; cualidad que el general no alcanza con el estudio, sino que es un don natural. Esos movimientos son de un efecto tanto más seguro cuanto menos se esperan.

» Puede compararse al general en el acto de trazar su plan de campaña con el piloto que, debiendo emprender un viaje, traza antes el rumbo; pero si estalla de repente la tempestad, conviene que ceda á su violencia, cambiando de dirección y de maniobras para salvar el buque. Los grandes peligros no dan tiempo de deliberar; es preciso acudir al instante con el remedio, pues un minuto de reflexión puede causar la ruina.

» Un general debe resguardar su vida, interesante para la conservación del ejército. La temeridad conviene al soldado, no al comandante; el cual debe presentarse en la batalla con precaución, y no exponerse sin necesidad; obrar con la cabeza, no con el brazo. Las ventajas que podría reportar de su fuerza personal, no equivalen á los males que ocasionaría su pérdida. Emanando de él las órdenes, conviene que se limite á dictarlas. De otro modo se parecería al piloto que durante la borrasca abandona el timón para tirar de un cable ó desempeñar el oficio de marinero... La intrepidez es necesaria al general; pero cuando va unida con la prudencia, puede mostrar la una al soldado, y ocultar la otra. Debe saber morir con su ejército, si no hay salvación posible; debe procurar vivir para ayudarle á obrar y á recoger laureles. La muerte de un general ha causado muchas veces la pérdida de un ejército victorioso...

» Después que se haya retirado del combate, su primer cuidado debe ser dar gracias á los dioses con los sacrificios y las ceremonias acostumbradas, reservándose cumplir los votos en el lugar y tiempo que hubiere ofrecido. En seguida, buscará á los que se hayan señalado por su buen ó por su mal comportamiento, para distribuirles honores ó censuras. Los distintivos honoríficos que un general concede, son diferentes según las naciones y los usos de los ejércitos. Por lo regular es una armadura completa, ó algún adorno. Las recompensas se adjudican en una parte del botín, conforme á la importancia de los que las merecen... Será bueno el ejército en que la recompensa y el castigo sean el estipendio de las acciones...

» Ordinariamente se permite al ejército sa-

quear los equipajes, el campamento, ó la ciudad tomada, si no hay razón para impedirlo: la esperanza de la ganancia anima á los soldados á obrar con más vigor. El cazador permite también á sus perros que participen de la presa; ¿por qué se ha de negar al soldado?

» No siempre se concede á los soldados el saqueo después de la victoria; ni mucho menos el apropiarse los prisioneros, cuya venta pertenece solo al general. Si se necesita dinero para alguna empresa ó para la subsistencia del ejército, el general puede disponer de todo el botín.

» Si la guerra tiene apariencias de durar, se haría mal en matar á los prisioneros, principalmente á los elevados á dignidad, aunque los aliados lo exigiesen. Considérese la inconstancia de la suerte, que se complace á veces en arruinar al que ha abusado de sus favores. Conservando los prisioneros se tiene un medio de cambiarlos por los del enemigo, ó por una plaza; se impide á aquel maltratar á los que ha hecho, pudiéndose amenazarle con las represalias.

» Después de las fatigas sufridas y de haber alcanzado la victoria, conviene que el soldado descanse y se divierta, para que de este modo se anime á soportar con más valor las nuevas penalidades.

» Téngase gran cuidado de sepultar á los muertos; en la inteligencia que ni la prisa ni el peligro son excusas suficientes para dejar de verificarlo. Además de ser un deber, es una satisfacción para los que sobreviven, y cada soldado sentiría que no se tributase este último obsequio á los compañeros á quienes vió combatir y morir como valientes, temiendo respecto de sí igual oprobio.

» En caso de derrota, el general debe procurar reunir de nuevo las tropas, consolarlas, idear los medios de reparar las pérdidas. A menudo, después del triunfo el vencedor se detiene, y el desprecio del enemigo produce negligencia. Así es como de una derrota suele nacer una victoria.

» La desventura hace á los hombres prudentes. El general que siempre ha prosperado, ignora la manera de remediar las desgracias. El miedo á propósito puede servir de seguridad. El desprecio del enemigo es causa de locas temeridades, á las cuales se puede sucumbir.

No sintamos habernos detenido tanto con Onexandro, porque merecen ser tomadas en consideración las cualidades del general, en atención á que la historia nos presenta tan pocos dignos del nombre de grandes. Ciertamente las circunstancias influyen en esto como en todo lo demás, y sin las guerras de la Revolución francesa no hubieran surgido aquellos ilustres mariscales ni el varón eminente de quien formaban la corona. Pero conviene que el impulso de las circunstancias halle dispuesta la materia y que las cualidades personales del individuo y su educación sean capaces de producir un grande hombre. Á veces es el mismo príncipe, y

entonces debe ajustar los movimientos del ejército á la conveniencia y utilidad del país, ponerlo en relación con las instituciones civiles, preparar la educación, adaptar á ella las leyes, y cargar con toda la responsabilidad, por cuanto ejerce un poder ilimitado. Pero si es súbdito, se encuentra ligado á mil consideraciones en la elaboración de sus planes y en el modo de ejecutarlos, limitado en los medios, y precisado á valerse de los instrumentos, tales como le han sido suministrados.

Dejando aparte los tiempos fabulosos y los inciertos, en que solo se nos presenta la cualidad menos relevante del general, esto es, el valor personal, aparece primeramente con las dotes más apetecibles Jenofonte, no por alguna gran batalla que ganase, sino por la fría intrepidez y acierto que mostró en dirigir una retirada al través de seiscientos leguas de país enemigo, variadísimo, interrumpido por canales y grandes ríos, y perseguido por fuerzas muy superiores.

Cornelio comprendió el mérito de Epaminondas diciendo que su patria era oscura antes de él, y después de él tornó á oscurecerse, mientras que, durante su mando, pudo vencer dos veces en batalla campal á los aguerridos Espartanos. Su mérito no consiste tanto en la estrategia ó en el orden que dió á las falanges y al ataque, como en haber despertado nuevamente el valor en el ánimo de sus Tebanos, enervados por la larga servidumbre. Este será siempre el principal trabajo del que tome sobre sí la difícilísima empresa de guiar á un pueblo en su restauración.

Se había formado en su escuela Filipo de Macedonia, famoso, mas que por sus victorias, por haber sabido allanar á su nación el camino de alcanzarlas, estableciendo una nueva disciplina. Aprovechóse de ella Alejandro, el cual, al valor personal, á los instrumentos que le había proporcionado su padre, unía la educación de Aristóteles; tanto que no le admiramos menos por sus victorias que por su magnanimidad, cuando no le cegaban las pasiones. Así consiguió captarse el amor de los enemigos, al paso que sus oficiales y lugartenientes fueron siempre poco dóciles, debido esto á la composición de aquel ejército y á la prosperidad. Los errores que cometió al invadir en tiempo no á propósito la India, le mostraron la necesidad de los conocimientos geográficos; pero ya la había sentido, pues que llevaba consigo una especie de estado mayor, destinado á recoger todo género de noticias. Para apreciar con exactitud su mérito, sería preciso haberle visto al frente de un enemigo aguerrido.

Pirro tiene asegurada su gloria por haber osado oponerse á las terribles legiones romanas en su propio país, si bien en su ejército, compuesto de gente advenediza, no había disciplina ni constancia. Le supera con mucho Aníbal, verdadero *condottiere* antiguo, el cual, puede decirse que con fuerzas propias, á gran distan-



cia de una patria que no le socorre, que por el contrario ve gustosa sus desastres, permanece largos años en el territorio enemigo, despues de haber llegado á él al traves de indecibles peligros y de una obstinada resistencia; halla medio de que sus tropas vivan sin disgustar á los pueblos ni excitar en ellas las murmuraciones inseparables de toda empresa larga y de éxito dudoso, mayormente tratándose de hombres cuya única patria es la tienda de campaña, y que al lanzarse á la pelea no llevan mas objeto que la paga ó el botín. Derrota ó deja burlados á los mas insignes generales que le oponen Roma; sin embargo, comprendiendo de lo que es capaz el patriotismo, no se atreve á atacar la ciudad eterna: despues, cuando Cartago le llama en su defensa, conoce que las condiciones han cambiado, y sin que le deslumbren sus pasados triunfos, pide la paz antes de la batalla de Zama. A pesar de ser vencido, medita nuevas empresas, tan vastas como los confines de las conquistas de Roma, la cual no se cree segura hasta reducirle vilmente á poner fin á su vida.

Otro enemigo terrible de Roma fué Mitrídates, que resistió por espacio de cuarenta años á los mas ilustres generales de la República, y que meditaba un plan de guerra extensísimo, el cual consistía en adelantarse desde las orillas del Bósforo arrastrando en su marcha á las naciones bárbaras y semibárbaras contra aquella grande enemiga.

En las escuelas nos han acostumbrado á admirar los méritos de los generales romanos; á Fabio que conserva, á los Escipiones que conquistan; los ímpetus de Sila, la ferocidad de Mario, la intrépida obstinacion de Sertorio, la asiduidad de Lúculo, la fortuna de Pompeyo. Á todos los sobrepújó César, que llevó la guerra á los climas mas diversos, y descubrió nuevas naciones que fueron otras tantas nuevas guirnalda con que adornó á su patria. Aunque puede decirse que le valió contra los Galos y los Britanos la superioridad que la educacion tiene siempre respecto del ímpetu desordenado, despues se encontró frente á frente de las águilas latinas, contando por enemigos á los principales entre los Romanos; y sin embargo, conservó fiel y hasta esclavo de su voluntad al ejército, y venció constantemente.

Aquí empieza la decadencia del valor romano: los emperadores en persona, y luego sus generales, condujeron las águilas á la victoria; pero no se puede entresacar uno que merezca ser propuesto como modelo de grandes generales. Solo Belisario esparce una luz brillantísima, aunque embarazado en su marcha por la escasez de los medios que le suministraban y por los caprichos de una corte intrigante.

Con los Bárbaros tornó el valor inculto y rudo; y ni aun las Cruzadas, acciones de ímpetu mas bien que de cálculo, nos presentan ejemplo de un gran general. Gengiskan y Tamerlan brillan como rayos, ántes destruyendo que ven-

ciendo; pero sus campañas eran determinadas la una por la otra, y no obraban en virtud de un plan vasto ni con arreglo á una calculada estrategia; además, les faltaba á ambos la primera dote de un general; la de aborerrar, lo mas que se pueda, padecimientos á los suyos y exterminio al enemigo.

Entre los capitanes aventureros los hubo excelentes, sobre todo en Italia; pero tácticos mas bien que estratégicos, y cuanto permitia la indole de sus escuadrones reunidos por dinero, con armas varias, y sin el estímulo de los sentimientos nobles. Pasamos por alto algunos que dirigieron guerras parciales, para mencionar á Gustavo Adolfo, el cual puso en práctica las grandiosas teorías que habia meditado, encaminó los ejércitos á la reforma, y emprendió una invasion mejor combinada que las de los Ingleses en Francia.

Siguieron insigne mente sus huellas Turenna, Montecúculi y Cromwell, genio solitario, que logró efectuar con el ejército la revolucion de Inglaterra, siendo amado y temido, dando importancia á las fuerzas marítimas, y mostrando grande habilidad en vencer á los Escoceses, tan superiores á él en número.

Tienen algo de novelescas las empresas de Carlos XII, y deslumbran hasta el punto de llegar á creerle un gran capitán; pero á poco que se medite, se encuentran demasiadas razones para censurarle. No merece el dictado de buen capitán el hombre que con su temeridad expuso al ejército y su persona, aun cuando la fortuna sonriese á sus audaces tentativas. Pedro el Grande le superó con mucho, aprovechándose de las derrotas para mejor prepararse, aguardando lentamente la ocasion y no dejándola escapar, como hizo en la batalla de Pultava; escuela para el débil, obligado á luchar con un enemigo mas fuerte.

Federico II abrió una nueva era, valiéndose de las reflexiones de todos los que le habian precedido y de las mejoras verificadas en las armas; y en un país que debía su ser á la fuerza militar únicamente, introdujo órdenes de batalla que lo elevaron á la categoría de vencedor y émulo del imperio germánico.

Las glorias de los grandes generales de la Revolucion francesa están, no diré eclipsadas, pero sí compendiadas en Napoleon. « La primera cualidad de un general en jefe (decia él en su destierro) es tener una mente fría, que reciba una exacta impresion de los objetos: no debe dejarse deslumbrar por una fausta ó por una mala noticia: las sensaciones que reciba sucesiva ó simultáneamente en el curso de un dia, deben clasificarse en su memoria de manera que solo ocupen allí el lugar que les corresponde; porque la razon y el juicio son el resultado de la comparacion de muchas sensaciones tomadas en igual consideracion. Existen hombres que por su constitucion física y moral exageran la importancia de todas las cosas; pues bien, cualesquiera que sean por otra parte

sus conocimientos, la agudeza de su ingenio, su valor ú otra buena cualidad, la naturaleza no les ha llamado al mando de los ejércitos ni á la direccion de las grandes operaciones de la guerra (1). » Así se expresa el gran general; y sin embargo, acerca de su mérito no es todavía seguro el juicio, quizá porque aun no han enmudecido las pasiones.

Las primeras victorias de la Revolucion fueron debidas al ímpetu mas que á los cálculos; pero la campaña de Italia fué perfectamente calculada y ejecutada, teniendo en cuenta las simpatías de los pueblos; y aquí se demostró por dos veces, así como á las orillas del Nilo, que los ejércitos menores pueden vencer á los mayores. Cuando Napoleon llegó á ser emperador, tenia á su disposicion ejércitos innumerables y tantas bocas de cañon como nadie; por lo que se deben á las masas sus mas célebres victorias, aunque no las mas admirables. Resta observar si hizo su ejército superior á los enemigos por su organizacion militar, por su administracion y por su instruccion; si se hizo amar de los aliados; si evitó molestias á los pueblos y soldados; si unió á su fortuna á los reyes que colocaba en los tronos como puntos estratégicos; si supo disponer de las fuerzas de Europa cuando la tuvo bajo su poder. La guerra de España fué no solamente un atentado, sino una falta de prevision y de cálculo. En la de Rusia sacrificó á la impaciencia de vencer la necesidad de buscar recursos. Despues al caer apareció como un gigante; y la campaña de 1813 y 14 es uno de los mas insignes monumentos del arte de la guerra. Pero no sabia esperar ni defenderse, y con cuatrocientos mil hombres se dejó debilitar y vencer por ejércitos, aunque numerosos, que no estaban mandados por una sola cabeza ni por grandes capitanes. Entonces pudo recobrar su gloria defendiendo á Francia; pero no era para él la guerra de defensa, porque estaba acostumbrado á los peligros de la guerra ofensiva. Al salir de la isla de Elba, voló de una manera prodigiosa á Paris, pero al recobrar el manto imperial tomó de nuevo los errores civiles y militares que le habian hecho caer la otra vez; quiso lanzarse á los ataques, y sucumbió en Waterloo.

Se puede ser gran general siendo vencido siempre como Guillermo III de Orange; y hay retiradas mas famosas que las victorias. Cuando Napoleon queria obligar á La Fayette á que discurriese acerca de las batallas de la guerra de la independencia americana, este lo evitaba diciendo: *Señor, son escaramuzas de vanguardia que han decidido de la libertad de un mundo.*

Y ciertamente los brillantes ataques, las vastas conquistas con ejércitos bien organizados, producen grande admiracion; pero el saber conformarse con circunstancias en extremo apuradas; manifestar virtudes correspondientes á

las necesidades; crear un ejército debajo del cañon enemigo; arreglar las operaciones al grado de sus escasos conocimientos militares; sostener la guerra defensiva en su propio país; no espantarse de la dificultad de mandar á sus hermanos oscilantes y discordes, nada dispuestos á sufrir la escasez y las privaciones ni los inconvenientes de los gobiernos locales desunidos; creer firmemente en su propia opinion y obrar resueltamente segun sus convicciones; conservarse firme en medio de los gritos de la envidia, de la malevolencia, de la ignorancia y del patriotismo; sufrir con calma las tachas de pusilánime, de vil y de traidor, esperando que llegue la época de conveacer con los hechos: estos son méritos reservados á la admiracion del filósofo, y nos hacen no ménos meritoria que querida la memoria de Washington (1).

### § 35. LA EDAD MÉDIA.

Dieron la victoria á algunos Bárbaros, como los Hunos de Atila sobre los nada aguerridos soldados y los ciudadanos inermes, su ímpetu y su robustez. En otro tiempo los invasores se habian introducido en las legiones de los Romanos, de quienes habian aprendido la disciplina ántes de aborrecer la fatiga y las armas; de este modo adquirieron superioridad y derrotaron las águilas romanas.

No podemos saber cuál era el órden particular en las batallas de aquellos pueblos. La fuerza de los Germanos consistia en la infanteria; tenían pocas armas defensivas y combatian apiñados para rechazar la caballeria imperial. Sus jefes á la vez que intentaban restablecer algunas cosas de la administracion romana, trataban de hacerlo tambien con los órdenes de la milicia.

En tiempo de los Godos en Italia, como bajo la dominacion de todos los Bárbaros, solo los vencedores podian llevar armas; los Romanos no se ofendian por esto, porque estaban acostumbrados á encargar su defensa á los extranjeros: cuando Belisario fué á libertarlos, fueron muy pocas las tropas que recogió en Italia. Á las legiones de los Romanos y á los mercenarios auxiliares sucedió una milicia compuesta de propietarios, es decir, de Godos que habian llegado á serlo, la cual formó el lazo entre la romana y la feudal. Aquellos soldados vivian del producto de sus tierras, á lo ménos cuando no hacian servicio activo, esto es, en marcha, haciendo la guardia al rey, en las fronteras, en los ejercicios ó en la guerra; pero pagaban tributo como los Romanos. Los feudales al contrario no tenían ninguna carga, pero tenían que ir sin paga.

Los Godos se armaban á su costa, y el que no podia, era equipado por el Estado. El prefecto del pretorio estaba encargado de proveer al

(1) Sobre los méritos de Napoleon como caudillo, véase la conclusion de la obra de Thiers, *Le consulat et l'Empire.*